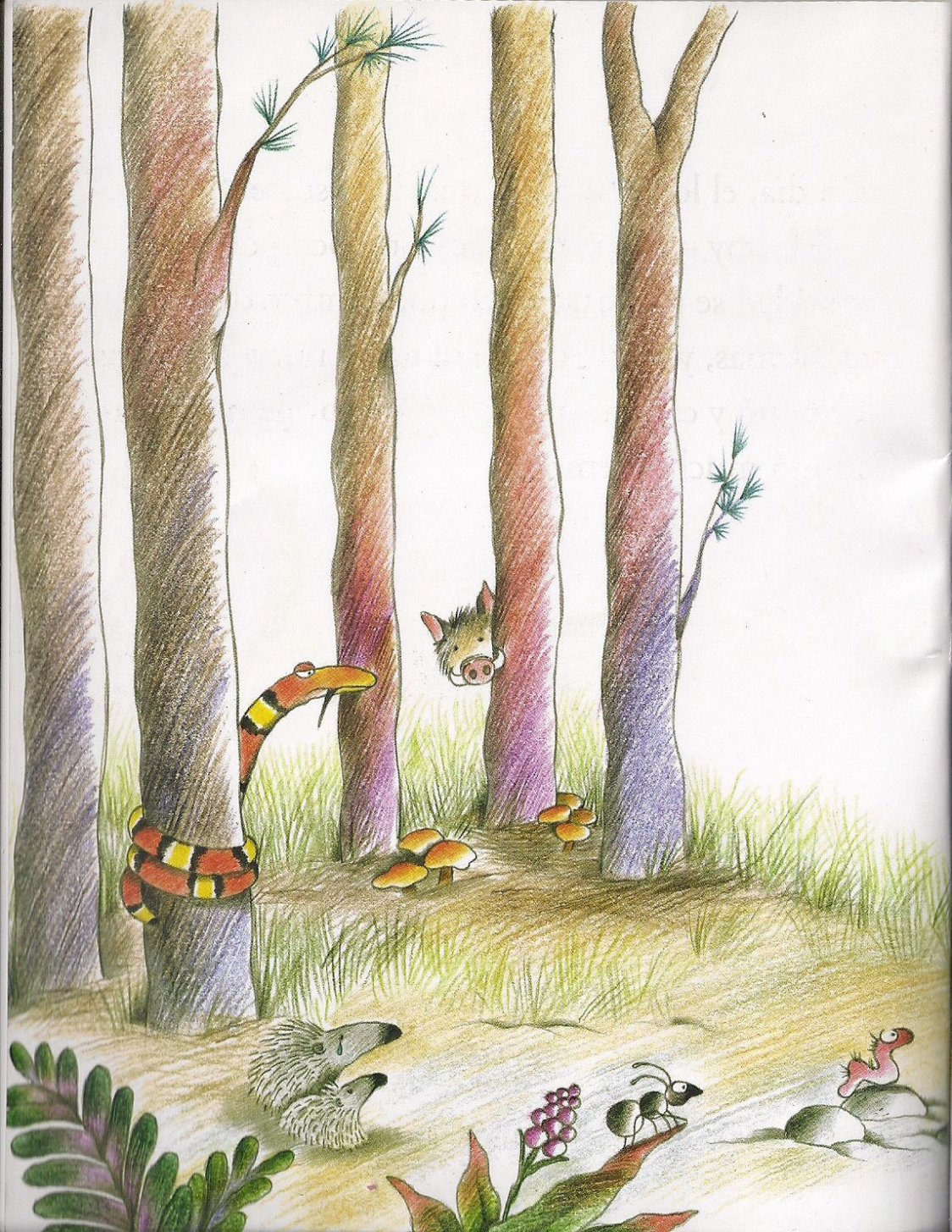


El lobo Rodolfo

Vera, Claudia y Nora Hilb



loqueleo



Un día, el lobo Rodolfo decidió irse del bosque.
—Me voy —dijo. Y se fue. Un poco por
curiosidad se fue, otro poco por hambre de
mandarinas, y otro poco para hacer nuevos amigos.

Caminó y caminó siguiendo el olor de mandarinas.
Caminó mucho tiempo.



Y así llegó a un lugar desconocido en el que el olor de mandarinas lo envolvía por todos los costados.

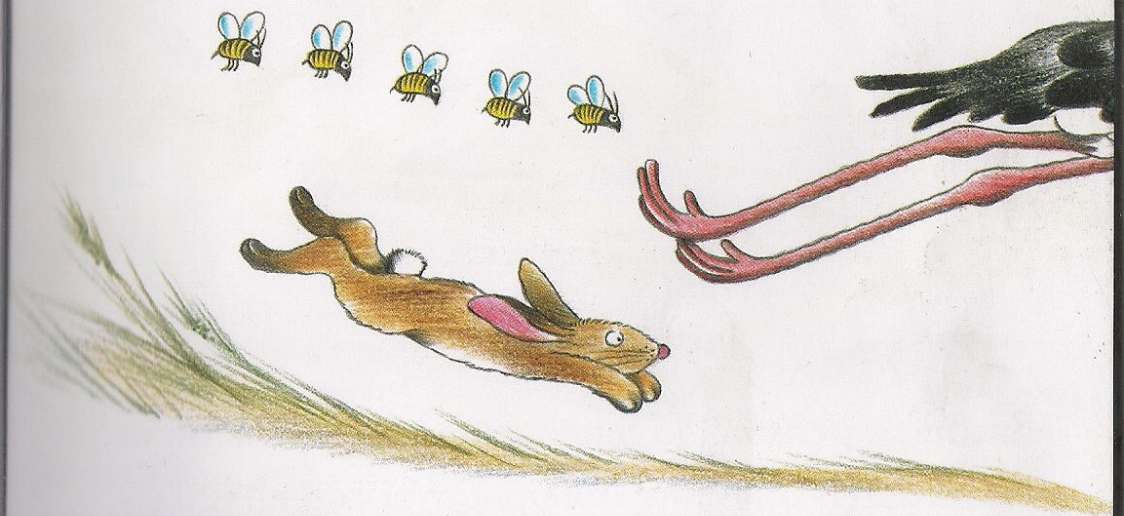
También había muchos animales allí, animales grandes y pequeños.

Al verlos, sintió unas enormes ganas de jugar con ellos. Casi las mismas ganas enormes que de comer mandarinas.



Resuelto a hacer nuevos amigos, Rodolfo se acercó a un burro; pero el burro salió corriendo con cara de espanto. Le pasó lo mismo con los abejorros, la cigüeña y los conejos. Todos salían corriendo al verlo.

Nunca habían visto un lobo de verdad, pero lo conocían de los cuentos, de los libros, de internet y del cine: el lobo no era una buena noticia.



El lobo Rodolfo no entendía qué era lo que estaba sucediendo.



Hacer amigos estaba resultando más difícil de lo esperado. En cambio, recoger las mandarinas resultó fácil, y le parecieron exquisitas. Comió y comió y se relamió, aulló de alegría y luego se fue a dormir la siesta. Cuando se despertó sintió con cierta impaciencia que era tiempo de compartir con amigos su felicidad llena de mandarinas.



Entonces pensó: “Yo tengo ganas de tener amigos, y me gustan las jirafas y quiero correr con ellas”.

“¡Oh, sí, sí, yo quiero, sí! Seré jirafa y correré con ellas y compartiremos las mandarinas”.



Y se puso a hacer un hermoso traje de jirafa con la aguja, el hilo y los trapitos que había traído en su bolso.



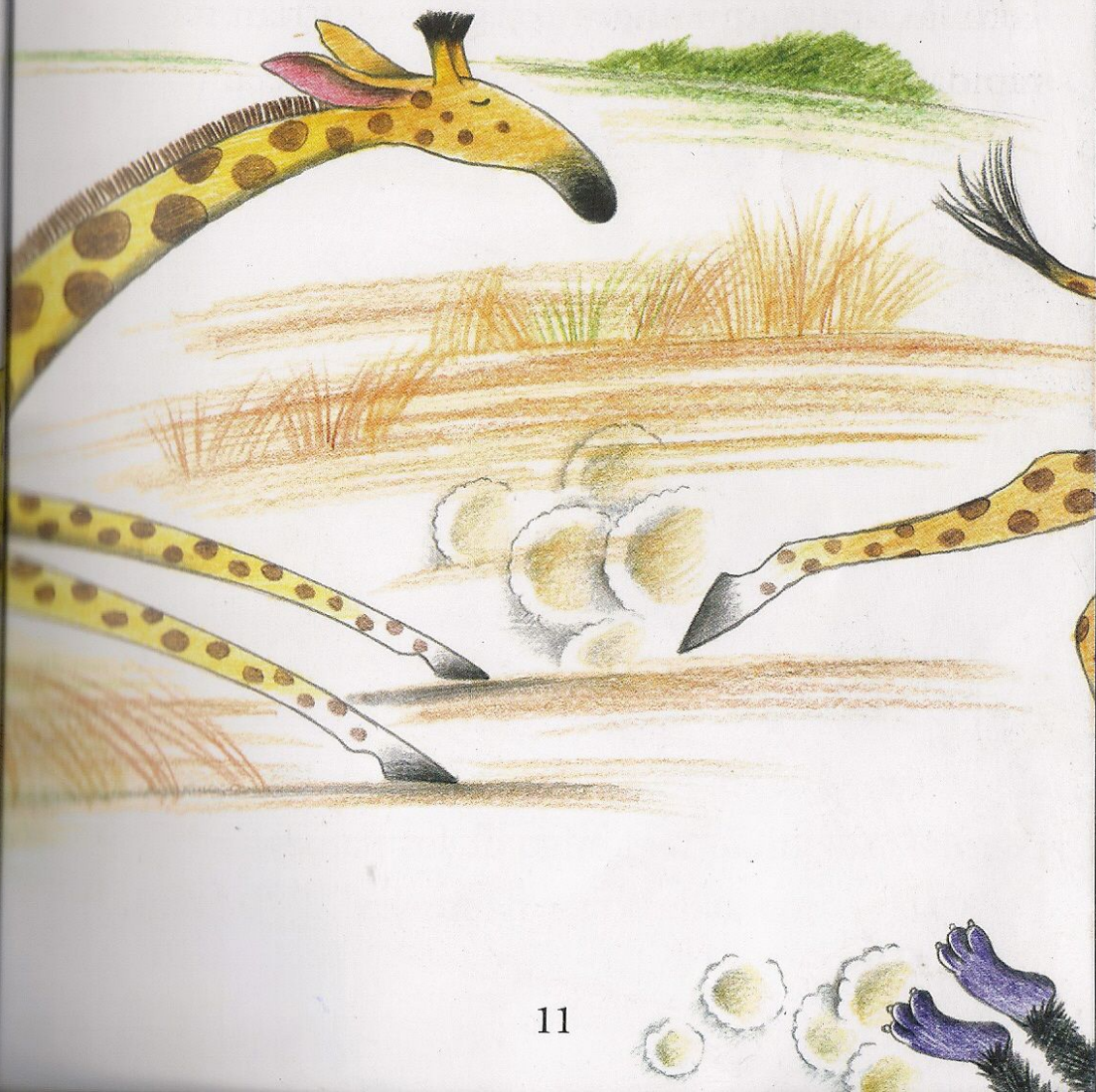
Tardó un día y medio en hacer su disfraz. Cuando lo terminó, las jirafas ya se habían ido. Entonces se sentó a esperarlas comiendo mandarinas.



El lunes las jirafas volvieron. El lobo Rodolfo se puso su disfraz, bailó y se echó a correr con ellas. Pero las jirafas, que eran muy altas y corrían muy rápido, ni lo vieron y se lo llevaron por delante.

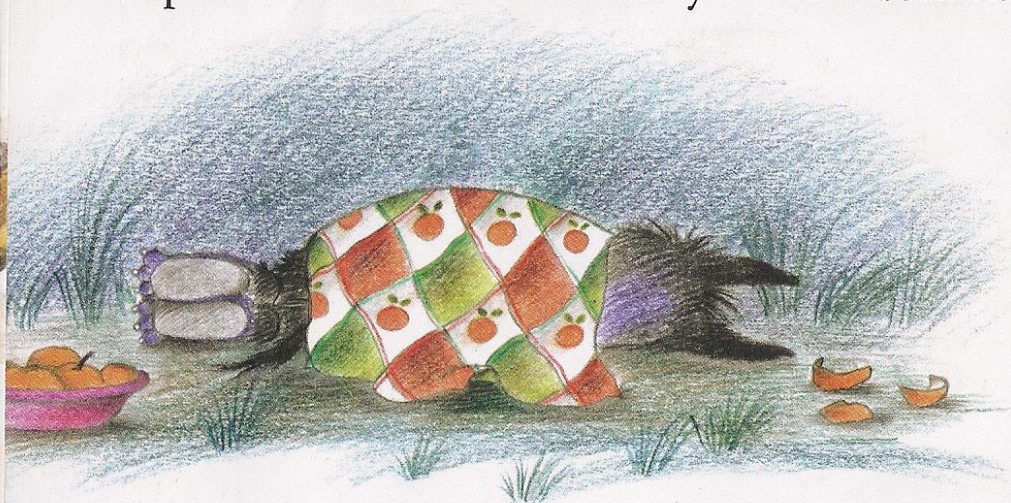


Rodolfo rodó por el suelo: ¡catapepúmbate!



—¡Vaya manera de jugar! —gritó y aulló. Pero las jirafas ya se habían ido y no lo oyeron. El lobo Rodolfo siguió gritando y exclamó—: ¡Que vivan las mandarinas de este lugar!

Después se comió unas cuantas y se fue a dormir.



El martes descubrió unos hermosos flamencos allí cerca. ¡Qué rosados y delicados eran! Así que pensó: “¡Yo quiero ser amigo de los flamencos! Debe de ser maravilloso ser flamenco”.



“Oh, sí, sí, yo quiero, sí. ¡Seré un flamenco rosado!”. Y se puso a hacer un disfraz de flamenco.

El disfraz le quedó precioso. Cuando estuvo listo, se fue al agua y se paró en una pata, igual que los flamencos. Los flamencos lo miraron sin demasiado interés y siguieron conversando entre ellos.



Pero más que flamenco Rodolfo era lobo, y *pataplum* se cayó...



Se levantó y lo volvió a intentar. Y *pataplum*, se cayó otra vez. Después de caerse ochenta y tres veces, el lobo Rodolfo ya no quiso ser flamenco. Comió su cena de mandarinas y se fue a dormir.



El miércoles vio a las cebras. Las cebras se reían entre ellas y parecían simpáticas.

“Oh, sí, sí, yo quiero, sí. Quiero ser cebra y reír con ellas”.

—No se vayan, espérenme —gritó Rodolfo.



De su bolsito sacó cintas negras y blancas, y se las fue atando, algunas en el hocico, otras en la cola, otras alrededor de su panza llena de mandarinas.

Y se fue a correr y reír con las cebras.

Pero las cintas volaban al viento y Rodolfo se fue enredando.



Y tanto se enredó que ya no se pudo levantar. ¡Chis, chas, chus!, el voluntarioso lobo quedó hecho un nudo. Las cebras se fueron y Rodolfo recién pudo desatarse cuando la Luna se asomó. Cenó mandarinas y se durmió.



El jueves amaneció con ruido de monos. Decidió que los monos iban a ser sus amigos.

—Oh, sí, sí, yo quiero, sí. Seré mono, ¡sí!, —aulló poniendo voz de mono.



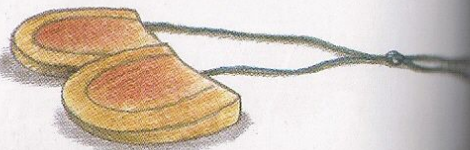
Sacó su disfraz del bolsito. Los monos se estaban sacando piojos, y lo recibieron amigablemente. Les gustaban mucho esas orejas tan grandes del visitante. Rodolfo se acomodó en el último lugar de la fila de monos y comenzó a sacarle los piojos a un mono grandote.



Pero sucedió lo que tenía que suceder. A los piojos el olor de mandarinas les resultó irresistible. Y se fueron todos juntos a dar una vuelta en lobo.



Y así fue que el lobo Rodolfo quedó rascándose y sacudiéndose los piojos de sus pelos por horas y horas. Después de bañarse, el olor de mandarinas se fue. Los piojos también. Los monos se habían ido hacía rato. Esa noche Rodolfo no cenó, estaba demasiado cansado.



El viernes vio pasar a los leopardos. Aunque ellos no eran siempre una buena noticia para un lobo, decidió ir con ellos.

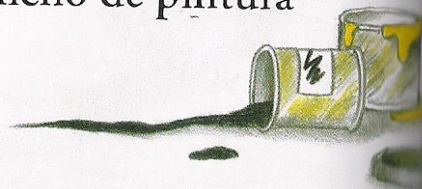
“Oh, sí, sí, yo quiero, sí. ¡Ahora seré leopardo!”.



Sacó sus pinturas del bolsito y se pintó de amarillo y negro. Pero cuando los leopardos lo miraron con cara extraña, le gruñeron y le sacaron la lengua, Rodolfo se dio cuenta de que había hecho todo al revés. Y se fue corriendo.



Tardó mucho tiempo en quitarse las hermosas pintitas amarillas de su cuerpo lleno de pintura negra.



El sábado no tuvo tiempo para hacer nuevos amigos. Tenía que recoger muchas mandarinas para hacer un pastel.



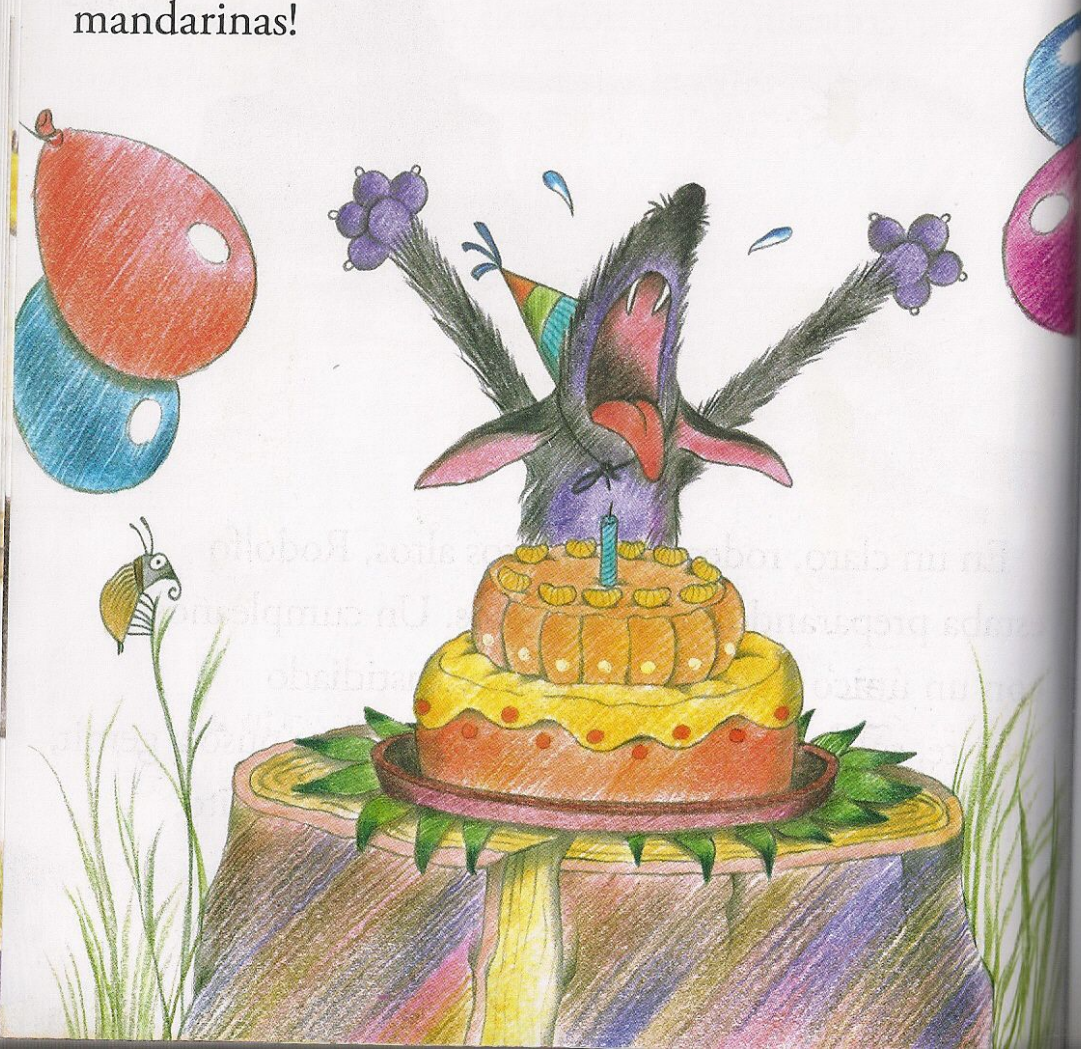
El domingo un intenso aroma de pastel de mandarina despertó a todos los animales (salvo a los que se habían acostado tarde el sábado). Golosos y curiosos, se fueron acercando lentamente a ese delicioso perfume. En el camino, descubrían asombrados que ya no quedaba ni una mandarina en los árboles.



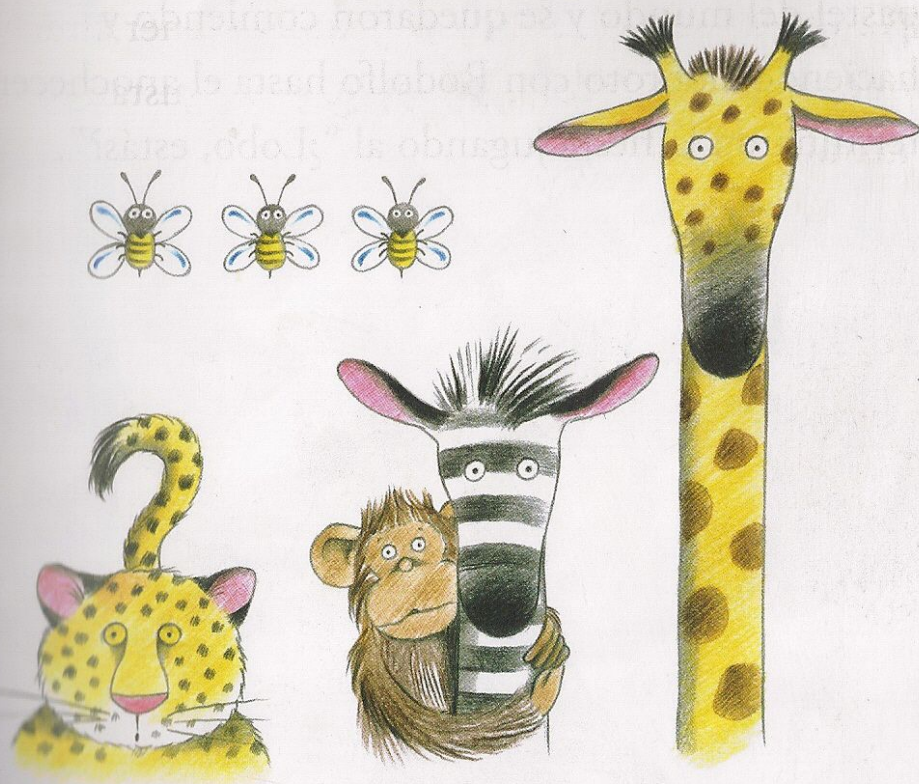
En un claro, rodeado de pastos altos, Rodolfo estaba preparando su cumpleaños. Un cumpleaños con un único invitado: él mismo. Fastidiado y triste, solito frente a su pastel, Rodolfo se puso a gemir, a patallar y a aullar. Fuerte y lejos resonó su grito:



—Oh, no, no, no quiero, no. ¡No quiero ser ni leopardo ni mono ni cebra ni flamenco ni jirafa! ¡Yo quiero ser yo! ¡Yo soy yo y quiero tener amigos que no sean yo! ¡Yo soy Rodolfo y me gustan las mandarinas!



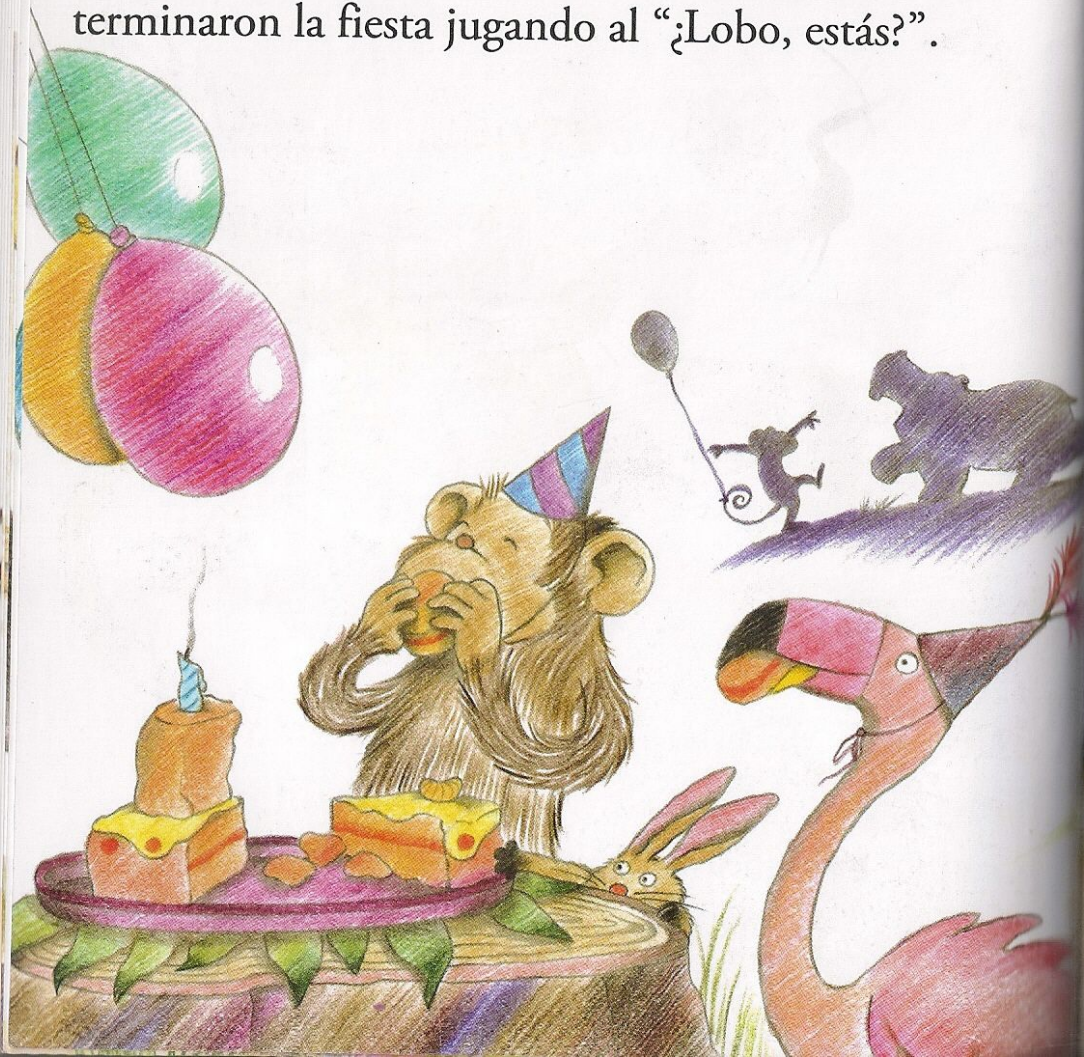
Y entonces los animales entendieron qué era lo que había venido a hacer el lobo a este lugar.



Despacio, despacito, se fueron acercando a Rodolfo. El lobo era ahora una noticia alegre, de pastel de mandarina, cumpleaños y amigos.



Todos opinaron que ese pastel era el más rico pastel del mundo y se quedaron comiendo y haciendo alboroto con Rodolfo hasta el anochecer. Y terminaron la fiesta jugando al “¿Lobo, estás?”.



Ahora, mientras espera que vuelvan a crecer las mandarinas en los árboles del lugar, Rodolfo come quinotos. Que no serán tan dulces como las mandarinas, pero también son anaranjados y, además, se comen sin pelar.



Vera, Claudia y Nora Hilb

Autoras

Vera es psicóloga. Vive y trabaja en Barcelona. Charla con chicos sobre las cosas que los alegran, los entristecen o los preocupan.

Claudia es socióloga. Vive en Buenos Aires y es profesora en la Universidad. Escribió muchísimas palabras en muchísimos y difíciles libros para grandes.

Nora es ilustradora. Vive en Buenos Aires e hizo muchísimos dibujos en muchísimos libros para chicos.

Cuando escribieron *Sorpresa en el bosque*, se encariñaron con uno de sus personajes y decidieron que sería el héroe de esta nueva historia. Así fue como nació Rodolfo y su amor por las mandarinas.